



No tomarás el nombre de Dios en vano

Para las personas que no somos nada religiosas, es decir, que no creemos en Dios, que ni por formación ni por temperamento no sentimos fascinación alguna por la liturgia -como si la sienten tantos agnósticos e incluso tantos ateos- y que en general tenemos un sentido muy material y muy presentista de la existencia, a veces es sorprendente lo mucho que pueden llegar a interpelarnos según qué reflexiones entorno a la experiencia religiosa o a la idea y el sentimiento de Dios.

Lo pensaba mientras leía el breve ensayo de Ignasi Moreta (Barcelona, 1980) titulado *No prendràs el nom de Déu en va*. En realidad, la cosa no tiene más misterio. Más allá de las creencias, las convicciones, la biografía, los prejuicios, el sentido de la trascendencia o la ideología que pueda tener cada uno, en lo religioso confluye siempre todo lo terrenal, en lo divino confluye siempre todo lo humano.

El ensayo de Moreta forma parte de la *Serie Déu Manaments* de la Editorial Fragmenta, que él mismo codirige junto con Anna Punsoda, en la que diez autores actuales abordan desde la contemporaneidad y al margen de las disquisiciones estrictamente teológicas los diez mandamientos del cristianismo. Reconozco que, sobre el papel, el mandamiento de Moreta, el segundo del decálogo, «no tomarás el nombre de Dios en vano», era el que me parecía más enrevesado, el más férreamente normativo, el más alejado de las pasiones y de los intereses mundanos. Pero a Moreta le basta con un único párrafo, el primero de su libro, para demostrar que este segundo mandamiento religa cuestiones tan cruciales como la soberanía de quién pretende conocer y poseer la verdad en exclusiva, las ansias de poder y la tentación de usarlo todo (incluso lo más sagrado) en favor propio, y el coraje que se requiere para respetar por un lado



El autor del ensayo, Ignasi Moreta.

del mundo humano y por el otro la religión.

Dice así el párrafo en cuestión: «*El segon manament és el més antireligiós de tots, sense per això deixar de ser una crida profundament religiosa. Si el primer manament, en la forma consagrada pel catecisme i vulgaritzada en el nostre context cultural, prescriu l'amor a Déu sobre totes les coses, el segon s'apressa a acotar el terreny: no prendràs el nom de Déu en va. És a dir: aquest Déu que has d'estimar sobre totes les coses no el faràs servir per justificar les teves dèries, les teves fobies, els teus usos i abusos de poder. És la gran temptació de totes les elits religioses: sacralitzar el que és temporal atribuint a Déu interessos terrenals. La gran temptació és instrumentalitzar el nom de Déu.*»

■ **Un mandamiento negligido.** Por su aproximación a la espiritualidad y a la experiencia de la religión, Moreta recuerda a aquellos pensadores y/o creadores que tenían una relación muy limpia y fluida con la figura de Jesús y con el cristianismo primigenio, pero, en cambio, tenían una relación conflictiva, atravesada por la desconfianza y la sospecha, con la autoridad religiosa, o con las formas institucionalizadas de la religión. Pienso en un Pasolini o, más

exacto aquí, en el poeta y articulista Joan Maragall, del que Moreta es especialista.

Moreta es un irreverente que no pierde las formas, es un antiautoritario sin estridencias, y en su ensayo pone constantemente el dedo en la llaga, por ejemplo, cuando señala que la obsesión de las autoridades eclesíásticas por predicar sobre los mandamientos sexto (no cometerás adulterio) y quinto (no matarás: este aún focalizado más en el aborto y en la eutanasia que en las muertes provocadas por las guerras o la miseria) contrasta con el desinterés que siempre muestran por el segundo. ¿Por qué razón? Pues porque el quinto y el sexto mandamiento les permiten fiscalizar a los demás mientras que el segundo les fiscaliza a ellos. Y les deja en evidencia. Son legión los religiosos que pecan y blasfeman diariamente de la manera más escandalosa y más burda porque ponen a Dios y la religión al servicio de intereses egoístas y espurios, de una visión fundamentalista de la condición humana y del mundo.

Denso pero entendedor, el breve ensayo de Moreta es también vibrante tanto desde un punto de vista ético como intelectual, sobre todo cuando recurre a los teólogos Lluís Duch y Dietrich Bonhoeffer para explicar que el ser humano es ambiguo, es un ser sometido al espacio y al tiempo para el que no pueden valer las doctrinas cerradas e inmutables, es un ser que cuando más y mejor abraza su dimensión religiosa es cuando indaga y pregunta y no cuando se rinde ante respuestas presuntamente infalibles.

Moreta también expone algo que debería ser obvio pero que a menudo se obvía: los que ven señales de Dios por todos lados y se pasan la vida atribuyendo a Dios sus manías y sus fobias y sus ideas, aquello que a ellos les conviene, son más blasfemos que los que viven al margen de Dios.